

## PRÓLOGO

### LA BIBLIOTECA INVISIBLE

Como todos los enfermos de coleccionismo de libros, soy propietario de dos bibliotecas: la primera la forman los libros que tengo, la segunda los libros que busco y quisiera tener. La primera se derrama por estanterías que van colonizando la casa, se agiganta en montones improvisados que van formándose poco a poco y esperan un rato de asueto en que sea capaz de acomodarlos: emiten esos volúmenes una secreta biografía que uno será incapaz de poner en pie nunca, una biografía fragmentaria que es difícil compartir, llena de detalles que hilados tal vez arrojarían al imposible espejo de una conciencia que no nos conociera de nada, un retrato exacto de quien uno ha sido. Hay tantas cosas en una biblioteca para su propietario: no es una suma de hileras de libros, sino una vida salteada, por decirlo así, en la que una tarde de tu adolescencia en la que compraste, sólo por lo llamativo de la portada y porque lo que llevabas en los bolsillos era justo lo que pedían por el volumen, un libro de un gran cuentista hoy olvidado como Daniel Sueiro, autor de *Servicio de Navaja*, se da la mano con una madrugada de hace un mes, cuando en una subasta en internet, pujaste con casi todo lo que había en tu cuenta corriente por la primera edición del impresionante *Poemes en Ondes Hertzianas* de Salvat Papasseit. Más allá, en otra estantería, hay una mañana de acero azul en Coral Gables, Miami, y el tostado de tu piel –muchos días de playa– se parece al tostado de la única página desplegable de *Cinco Metros de Poemas* de Carlos Oquendo de Amat, comprado a un cubano que, después de formalizada la compra por 150 dólares, te contó doscientas anécdotas sobre la vida en la Cuba

de Fidel. Y esa mañana queda al lado de una remota tarde de finales de los ochenta, en el Paseo de Recoletos de Madrid, en la que, durante la feria del Libro Viejo en la que estabas de empleado en una caseta, diste con *El tungsteno* y *Rusia 1931* de César Vallejo, volúmenes junto a los cuales está *Trilce*, del propio Vallejo, encontrado de chiripa cuando ya te ibas de un viejo almacén del barrio de Palermo de Buenos Aires, en el que después de dos horas agotadoras de búsqueda no habías encontrado nada que no fuera chatarra para poder decir que no habías perdido el tiempo.

Así podría seguir durante horas, aburriendo al personal. No hace falta. Me gusta mecirme en horas muertas –si es que pueden estar muertas las horas que nos matan– recorriendo la geografía del pasado a través de los volúmenes de mi biblioteca visible. Melancolía se llama esa figura, que según Walter Benjamin, otro enfermo, es el principal motor de todo coleccionismo. Me gusta perderme por los callejones del pasado, volver a aquella librería-burdel que encontré en Quito y de la que he escrito en otra parte, al zaquizamí que era a la vez librería de viejo y peluquería de señoras que encontré por azar en San José de Costa Rica, a los grandes templos del coleccionismo como la librería Ulises de Londres, la Shakespeare and Company en París, la Strand de Nueva York –allí di con las *Nine Stories* de Salinger, con su sobrecubierta blaugrana y la firma del escritor invisible por excelencia–, el edificio del Bronx de Eliseo Torres que pasó a manos de mi amigo Abelardo Linares –y en el que encontré la primera de *Crímenes Ejemplares* de Max Aub–, los almacenes sin fondo de la calle Donceles de México D.F., la librería Biblos de Sao Paulo donde di con *Serafím Ponte Grande* de Oswald de Andrade y con la revista *Klaxon*, la Cuesta de Moyano de Madrid donde he comprado decenas y decenas de libros, el sótano de librerías de la calle Florida (donde di con los ejemplares de *Primavera Portátil* de Adriano del Valle y *El Cementerio Marino* de Paul Valery traducido por Guillén, que Eugenio d’Ors editó en el París de los treinta, en ediciones hermosísimas, con el nombre del propietario de cada ejemplar en la última página: son míos ahora los que fueron de la poetisa Margarita Abella, ejemplar número 1 de una tirada de 300), el rastro Porta Portese de Roma donde me estaban esperando en domingos

distintos *Ver y palpar* de Vicente Huidobro y *Misterio de la Poesía* de César González Ruano. Podría contaros mi vida como si fuese un catálogo de una librería de viejo... Pero no lo haré, de momento.

Pero también tengo, como digo, otra biblioteca: la invisible, la de los libros que busco, que forman mi desiderata, de la que seguramente, de aquí a que me muera, sólo lograré tachar unas cuantas líneas de las muchas que la componen. La desiderata crece de manera desproporcionada, y eso en el fondo, me digo para no compadecerme demasiado, es bueno: es prueba de que no se me ha muerto la curiosidad, de que sigue impaciente y hambrienta, buscando en otros rincones, asomándose a otros nombres, explorando otros idiomas, deseosa de que la acorte, de que tache algunas de las líneas que la componen. En eso consiste esta rara enfermedad: en ir traspasando volúmenes de una biblioteca, la invisible, a la otra, la visible. En hacer el milagroso camino que lleva del deseo a la realidad. La semana pasada, en un altillo de la librería Abadía de Málaga, una de las más bonitas que hay hoy en España, encontré *Sonetos a la Piedra* de Dionisio Ridruejo, con los dibujos de José Caballero, dedicada por el primero al segundo. Una línea menos en mi desiderata.

La biblioteca visible ocupa muchas estanterías, impide que nos mudemos con la frecuencia que quisiéramos, nos ata de alguna manera a una ciudad en la que ya no nos gusta vivir. La biblioteca invisible la llevamos puesta, nos acompaña allá donde vayamos, un poco como al personaje de *Auto de Fe* de Canetti, ese Kien que cada noche se saca todos sus libros de la cabeza y los cubre amorosamente para que no sufran ningún percance, y cada mañana vuelve a colocárselos en su interior para que le acompañen allá donde vaya. En mi biblioteca invisible están *Palacio Salvo*, el primer libro del futurista uruguayo Juvenal Ortiz, y *Radio y Aviación*, los dos libros del es-tridentista Kyn Taniya, y *El hombre que se comió un autobús* de Alfredo Mario Ferreiro, y *Timón de Atenas* de Wyndham Lewis y *Fervor en Buenos Aires* de Borges, y *Kamera Obscura* de Vladimir Sirin, y *Suenan Timbres* de Luis Vidales y *La luna nona* de Lino Novás Calvo y *Crimen* de Agustín Espinosa y *Yemas de Coco* de Antonio Ortega y *Los gallinazos sin plumas* de Julio Ramón Ribeyro. Podría seguir hasta ocupar todo el espacio

que se me ha concedido. Para ustedes no son más que títulos y nombres: para mí, una cofradía de volúmenes que me aguardan en algún rincón del cada vez más estrecho futuro. Los he visto alguna vez a casi todos ellos, en vitrinas de exposiciones, fotografiados en catálogos imposibles, en las estanterías de algún amigo. Mi biblioteca invisible crece y crece sin que la otra, la real, crezca con igual velocidad. Tantas veces ha sido la biblioteca real la culpable de que la invisible creciera despiadadamente: por ejemplo, una tarde encuentras, en un sótano céntrico de Buenos Aires, un libro del poeta peruano Alberto Hidalgo, auténtico genio de las vanguardias latinoamericanas: el libro se llama *España no existe* y es un divertido y disparatado palo a las esencias españolas y a los nombres de relumbrón de nuestra cultura. Con su adquisición para la biblioteca visible, he adquirido también el ansia de buscar más cosas de Alberto Hidalgo, de perseguirlas, de procurármelas. O sea, un libro para la biblioteca visible y diez o doce para la invisible. En unos meses me haré con algunos libros de Hidalgo –*Química del espíritu, Simplismo, Panoplia Lírica, Las Voces de colores, Hombres y Bestias, Jardín Zoológico, Diario de mi sentimiento*– pero me siguen faltando muchos –*Muertos, Heridos y Contusos, Los Sapos y otras personas, Descripción del cielo*.

Miro mi biblioteca –la real– y, aunque comparada con la invisible me siga pareciendo tan pobre, no sería justo si no aceptase que ha conseguido algunas victorias sobre la biblioteca de los deseos. Autores que conseguí completar, como Julio Camba –me recuerdo en mi época de estudiante buscando sus libros en el Mercado de San Antonio de Barcelona y pensando que nunca jamás iba a ser capaz de tenerlos todos, y ahí están, todos sus libros, juntos, traspasados de la biblioteca invisible a la real–, como Manuel Chaves Nogales, como el gran humorista mexicano Renato Leduc, como Oliverio Girondo, como Pedro Salinas, de quien tengo una edición de su primer libro, *Presagios*, dedicado el 18 de junio de 1924 al gran hispanista Américo Castro, y en mi ejemplar está el ex libris del hispanista, y cada vez que lo abro emerge un rotundo aroma a naranjas, no sé por qué, tal vez sólo sea desinfectante antiguo que huele a naranjas machacadas.

El enfermo de coleccionismo de libros hace bien en no preguntarse por su futuro, en tratar de no imaginar qué le

espera a su biblioteca visible. Tus deudos la venderán para que salgan al viento de los librereros que la dispersarán por el mundo para que recomience otra existencia –es la imagen más pura de la reencarnación que conozco: las bibliotecas despedazadas–, o una Fundación o el Ayuntamiento de tu pueblo la comprará y la guardará en armarios de esos que sólo están al alcance de estudiosos –la biblioteca de Cortázar en la Juan March, sólo al alcance de los estudiosos de Cortázar. Prefiero la primera opción para mi biblioteca visible, de veras. Que las piezas que la componen recorran de nuevo el mundo, y acaben cada cual en una biblioteca distinta, en un mercadillo a la intemperie –como el maravilloso Tristán Narvaja de Montevideo– donde esperarán la mano que los salve, donde le den una alegría a un desconocido que acaso aún no ha nacido o ya se estará muriendo, o en un catálogo de librero que sabe muy bien lo que está vendiendo y multiplicará por cien lo que pagó por una pieza. Que una madrugada cualquiera del inverosímil futuro, alguien, en alguna parte del mundo, puje desde su computadora para procurarse este ejemplar de *Presagios* de Pedro Salinas, que fue de Américo Castro y que fue mío, y que sea de quien sea en el futuro, seguirá oliendo a naranjas machacadas. Y al pujar por él y obtenerlo, ese desconocido tache por fin una línea de su biblioteca invisible, traspasando con este volumen que ahora está en mi mesa y que estará alguna vez en la mesa de otro enfermo como yo, la barrera colosal que hay entre los deseos y las realidades.

En cuanto a mi biblioteca invisible, me la llevaré conmigo, formidable lista de deseos incumplidos, de volúmenes que no llegué a alcanzar, a los que no fui capaz de darles visibilidad y un lugar en una de las estanterías de mi biblioteca. (Última hora: mi librero cubano de Miami me avisa que le ha entrado *Yemas de Coco* de Antonio Ortega y que lo tasa en 60 \$. Una línea menos de mi biblioteca invisible, un volumen más para la visible).

Otro de los libros que figuraban en mi biblioteca invisible era uno dedicado, precisamente, a quienes tenemos bibliotecas invisibles y por lo tanto padecemos la enfermedad del libro. Un examen de la enfermedad tachonado de historias que funcionaran a manera de ejemplos. Figuraba, digo bien, porque ha pasado de una a otra biblioteca: aquí está, lo firma

Miguel Albero, mezcla con demasiada prudencia realidad y ficción (yo hubiera preferido que no diera pistas acerca del número de inventos que se ha atrevido a colarnos, pero le ha podido la responsabilidad), y es uno de esos trabajos que se empeñan en demostrar que la erudición puede ser divertida para alguien más que para el que se dedica a ella.

Con Miguel Albero he hablado muchas veces de esta enfermedad nuestra y de nuestras respectivas bibliotecas invisibles. En mi biblioteca invisible por ejemplo hay libros de Borges que están en su biblioteca visible: tiene *El Tamaño de mi esperanza*, tiene *Inquisiciones*, tiene *El idioma de los argentinos*. Cuando vivía en Mendoza, trabó relaciones con uno de esos pocos libreros que no piensan nunca ceder a Internet, y desde entonces el librero le manda de vez en cuando inopinadas cajas de libros en los que se encuentra de todo, desde libros de Roberto Arlt encuadernados por alumnos párvulos de pretecnología hasta un Leopoldo Marechal acuchillado que debió salvarle la vida a alguien –imposible no imaginar a dos malavos peleando, un cuchillo viajando hasta el corazón de alguien, y un libro amortiguando el golpe y salvando una vida. Como a todos los bibliófilos del mundo, a Miguel Albero también le han sucedido cosas extraordinarias, como encontrarse con un vendedor de primeras de Nabokov, Greene, Cheever y otros maestros americanos, en pleno parque de Yellowstone. Pero al revés que la inmensa mayoría de bibliófilos, Miguel Albero sabe contar sus andanzas –y algún día tendría que ponerse a ello– porque es un narrador de raza (no se pierdan su novela *Principiantes*, es la única suya que se puede conseguir por ahora), capacitado para el difícil arte de instruir deleitando, como se demostrará en las páginas que siguen.

En *Enfermos del libro* hace un ordenado repaso a las distintas y distinguidas categorías que pueblan el infierno del coleccionista. Es fácil intuir por qué su libro es tan bueno: puede asomarse a él cualquiera que no padezca ninguna enfermedad libresca, y se lo pasará igual de bien que todo el que pertenezca a alguna de las categorías examinadas. Después de saborearlo, ciertamente, el enfermo se sentirá menos solo, y quizá un poco más ridículo de lo que se sentía antes. Al menos así me he sentido yo. Pero lo esencial para mí es que gracias a este libro, podré tachar una línea más de mi biblioteca

*La biblioteca invisible*

invisible: Miguel Albero me ha hecho el favor de traspasar un libro que quería conseguir, pero no había conseguido aún por la sencilla razón de que no existía, desde mi biblioteca invisible a la real. Y cualquier enfermo del libro sabe que ése es el mejor regalo que puede hacerse a un bibliófilo.

JUAN BONILLA